

PRESENTACIÓN

En lo que a los dominios de la filosofía concierne, sería insensato negar que en términos de producción de libros y artículos, personajes, cantidades de gente involucrada, originalidad, traducciones, clases, congresos, etc., por lo menos durante muchos lustros Argentina estuvo claramente a la cabeza en América Latina. No hay más que revisar las listas de libros que publicaban en Argentina a mediados del siglo pasado casas editoriales como Eudeba o Losada para darse cuenta de la clase de euforia que animaba al trabajo filosófico de aquellos tiempos en este país. Independientemente del lugar en el que finalmente el tiempo coloque a todos los filósofos profesionales de la América de habla hispana que en algún momento brillaron y que con la perspectiva que el tiempo proporciona se les pueda calibrar o apreciar con mayor objetividad, tanto para bien como para mal, lo cierto es que los Klimovsky, los Simpson, los Bunge, los Rabossi, los Frondizi y muchos otros más que podrían mencionarse siempre se encontrarán engrosando las listas de los pensadores latinoamericanos destacados, aportativos y perdurables. Habría, pues, sido hasta tonto negar la preponderancia que a la sazón Argentina tenía. Desde mucho tiempo atrás, florecieron en ella múltiples centros filosóficos, cosa que por ejemplo en México apenas empieza a ser el caso. Lo anterior, por otra parte, no significa que trabajo filosófico serio no se desarrollara en otros países latinoamericanos. Augusto Salazar Bondy, Carlos María Mariátegui, Francisco Miró Quesada, Luis Villoro, Leopoldo Zea, Eli de Gortari, Samuel Ramos, Héctor Néri-Castañeda y algunos otros que podrían citarse harían ver muy rápidamente que también en México, en Perú, en Colombia y en otros países de nuestro continente había individualidades filosóficas interesantes, comunidades filosóficas reducidas pero dignas de ser tomadas en cuenta. Cuando hablo de filósofos, por otra parte, me refiero a hombres destacados en sus respectivas áreas y no a las legiones de maestros que la filosofía profesional procrea dondequiera que se practique. Pero dejando este asunto de lado y regresando a nuestro punto inicial, si tomamos como contexto la segunda mitad del siglo XX, es razonable sostener que en lo que a filosofía atañe en América Latina Argentina marcó la pauta y fijó el rumbo.

Ahora bien, esta lisonjera verdad viene, me parece a mí, acompañada de otra no tan gratificante. Esperando desde luego no estar totalmente

equivocado, yo describiría la situación actual, hasta cierto punto comprensible, más o menos como sigue: en la actualidad, mientras más al día se intenta estar en Argentina en relación con el último grito del show-business de la filosofía occidental, mientras más se multiplican los seguidores y partidarios de las nuevas luminarias (y no siempre luminarias) sobre todo anglosajonas pero también francesas, mientras todo eso sucede más se hace sentir un cierto vacío en el espectro filosófico argentino. En efecto, parecería como si aquí en Argentina, en donde florecen todas las modas filosóficas, mientras más se está al tanto hasta del último suspiro filosófico de Kripke o de Brandom, de Deleuze o de Derrida, de Fodor o de Searle, menos se resienten los efectos de la única auténtica revolución filosófica del siglo XX, una revolución que a decir verdad rebasa con mucho el marco de la disquisición filosófica. Para decirlo de manera inequívoca, lo que a todas luces no se ha vivido todavía en Argentina es lo que con justicia podríamos llamar la 'revolución wittgensteiniana'. Esto es importante señalarlo, porque dista mucho de ser una mera carencia pasajera o superficial. No haber entendido lo que está en juego, pensar que la obra de Ludwig Wittgenstein es la de un filósofo interesante más, como podrían serlo las de Russell, Carnap, Dummett, Davidson o Quine, es estar gravemente desorientado y es no haberse percatado de que con ella se operó un cambio en filosofía a la vez profundo e inequívoco, con implicaciones y de ramificaciones que van mucho más allá de una simple innovación terminológica, de una mera modificación de enfoque o de una renovación de tesis. En mi modesta opinión y contemplando el panorama desde fuera, la comunidad filosófica argentina no puede ya seguir ignorando ni los grandes resultados wittgensteinianos ni, más en general, la enseñanza de Wittgenstein, porque el riesgo que se corre no es desdeñable. Permítaseme a este respecto ser más preciso: primero, no estoy afirmando que Wittgenstein sea un perfecto desconocido en Argentina, puesto que eso sería declaradamente falso, y, segundo, tampoco estoy afirmando que forzosamente se tenga que ser wittgensteiniano, porque eso sería una expresión de dogmatismo inaceptable. Yo en lo personal, lo confieso, ciertamente estoy convencido de que una vez que uno se encauzó por el modo wittgensteiniano de hacer filosofía de hecho pierde todo interés por regresar a las sendas de la filosofía tradicional, las cuales inevitablemente se nos aparecen como pueriles, estériles y hasta aburridas. Pero independientemente de ello, lo que en todo caso sí sostengo es que a estas alturas realmente no tiene mayor sentido hacer, por ejemplo, filosofía de la mente si no se conoce lo que Wittgenstein enseñó al respecto, que pretender hacer filosofía de la religión ignorando las aportaciones de Wittgenstein en

este contexto es condenarnos a hacer una filosofía de la religión insulsa e inservible, que la filosofía de las matemáticas que no tomen en cuenta las reflexiones wittgensteinianas sobre los fundamentos de las matemáticas (en el sentido en que él empleaba la expresión) prácticamente equivale a perder el tiempo, que proponerse hacer filosofía del lenguaje como si las *Investigaciones Filosóficas* no se hubieran nunca escrito es un desatino y así sucesivamente. Hasta donde logro ver, aquí en Argentina hay grandes historiadores de la filosofía y grandes exégetas, especialistas y hasta grupos de estudiosos de filósofos tan variados como Strawson, Dennett, Nietzsche, etc., etc. Curiosamente, sin embargo, no creo que pueda sostenerse que se haya constituido algo equivalente en relación con el filosofar wittgensteiniano. En otras palabras, con la potencial excepción de un reducido grupo de colegas de Tucumán, no parece haber todavía en Argentina un grupo reconocido como tal cuya labor explícita de investigación, docencia y difusión gire en torno a la obra del gran pensador austríaco. Si es real, es este un hueco que urge colmar. Dada la importancia de la filosofía argentina para América Latina, ello es algo que no debería ya postergarse ni un momento más.

Lo anterior tiene obviamente que ser matizado y entendido en su dimensión apropiada. Desde luego que Wittgenstein es aquí y ahora un filósofo conocido, mencionado, eventualmente citado, pero evidentemente no es ese el fenómeno que tengo en mente. Lo que quiero decir es que está todavía por realizarse una labor intensa de estudio sistemático de su obra para que ésta efectivamente penetre y surta sus saludables efectos desmitificadores. Esto último ciertamente no se ha producido todavía. Desde mi perspectiva, esto es importante porque, permitiéndome dar expresión a un deseo, reconozco que me encantaría ver ya a por lo menos algunos profesionales de la filosofía ante un dilema que otros pensadores de otras comunidades filosóficas ya enfrentaron, pero que no parece en general haber atormentado todavía a los filósofos argentinos. Me gustaría verlos forzados a optar, en la dirección que elijan pero con conocimiento de causa. ¿A qué clase de encrucijada me estoy refiriendo? Intentaré expresar lo que quiero decir trayendo primero a la memoria una cierta anécdota.

Probablemente todos aquí sepan de una famosa escena de 1944, reconstruida ya varias veces por diversos testigos, en la que dos filósofos, muy diferentes desde todos puntos de vista, se enfrascaron en una discusión que no duró más de 10 minutos, una discusión viciada de entrada puesto que venía de antemano cargada de intenciones aviesas por parte de uno de

los participantes. Me refiero al famoso encuentro que tuvo lugar en Cambridge entre Karl Popper, por aquella época prácticamente un ilustre desconocido, y Ludwig Wittgenstein, el filósofo líder en el Cambridge de Moore, Russell, Ramsey y Keynes. Como todos sabemos, fue justamente a sugerencia del propio Wittgenstein que Popper fue invitado a hablar en el Club Moral de la Universidad. Éste mandó el título de su ponencia ('Métodos Científicos en Filosofía') pero, después de tomar el té con Russell a las 5 de la tarde, decidió abruptamente cambiar el título de su ponencia por otro justo antes de entrar en la reunión. Su nuevo título era '¿Hay problemas en filosofía?'. El debate que muy rápidamente se inició fue obviamente un fiasco, dado que Popper no iba con la intención de discutir seriamente con Wittgenstein sino más bien con la de provocar al pensador que lo había obsesionado y cuya sombra había venido siguiendo desde hacía casi 20 años. En todo caso, como se sabe, debido a una intervención quizá innecesaria y maliciosa por parte de Russell, Wittgenstein abandonó molesto la sala.

Ahora bien, la anécdota en sí misma es interesante por toda una variedad de razones, pero para nosotros aquí y ahora es particularmente útil porque, como lo resalté en la reseña que escribí del libro en el que el encuentro es minuciosamente reconstruido, el choque que en esa ocasión se produjo entre dos pensadores es el símbolo de un conflicto filosófico profundo e ineludible. De hecho, se le puede formular en términos de los nombres de los participantes en aquella memorable escena. El dilema al que me refiero y que parecería que todo estudioso de la filosofía tarde o temprano tendría que enfrentar es el siguiente: podría sostenerse, por una parte, que en filosofía hay problemas objetivos, semejantes a los de la ciencia sólo que más abstractos, problemas a los que quizá no se les puedan aplicar los métodos propios de las ciencias naturales pero que no por ello son irresolubles, problemas que hacen ver que en filosofía la teorización es ineludible y que su objetivo supremo es la elaboración de hipótesis cuasi-empíricas de muy alto nivel, resultado de especulaciones racionales y expuestas, claro está, a la misma clase de refutación racional a la que están expuestas las diversas teorías científicas. Si es eso lo que se piensa, entonces simplemente se es popperiano. Por otra parte, sin embargo, se podría pensar que todas estas discusiones que hemos venido heredando desde Platón, discusiones ciertamente apasionantes pero extrañamente desligadas de todo proceso de transformación de la realidad, polémicas eternas por insolubles, problemáticas que como Ave Fénix resurgen de sus propias cenizas en nuevas terminologías, en el fondo no son otra cosa que

confusiones conceptuales, enredos de pensamiento que es menester deshacer antes que perpetuar. Naturalmente, si es así como se piensa, entonces se es wittgensteiniano. En todo caso, lo que es muy importante es entender que el dilema es objetivo, nos lo planteemos o no, es decir, que sabiéndolo o no o se es o popperiano o wittgensteiniano y no hay vuelta de hoja. El no haberse suficientemente adentrado en el universo del filosofar wittgensteiniano ha hecho que los profesionales de la filosofía en Argentina no se hayan todavía posicionado *vis à vis* tan crucial dilema filosófico y por consiguiente no hayan padecido todavía esa crisis de madurez filosófica. Y es, creo, evidente que tanto plantearse dicho dilema como no planteárselo tendrá consecuencias decisivas para el futuro de la filosofía en Argentina y muy probablemente lo más desastroso sería eludirlo sistemáticamente, es decir, no llegar a enfrentarlo nunca.

La ausencia palpable o notoria de Wittgenstein en la vida filosófica argentina en su conjunto tiene otra faceta que es también a la vez interesante e importante. Me refiero a lo siguiente: como todos sabemos, la argentina es una sociedad en donde permeó hasta la médula de los huesos el psicoanálisis en prácticamente todas sus variantes. Curiosamente, por ciertas similitudes y paralelismos, quienes más se han sentido atraídos en especial por el pensamiento del segundo Wittgenstein han sido sobre todo los psicoanalistas. Es claro que para muchos la aproximación, por no decir, la fusión del psicoanálisis con el análisis gramatical podría resultar más que un reto una tentadora posibilidad de desarrollo y de expansión teóricos nuevos, pues representaría la ampliación de los horizontes temáticos usuales. En este punto, sin embargo, es menester señalar que la mezcla de técnicas daría como resultado un coctel indigerible de ideas y perspectivas. Sin ni mucho menos pretender adentrarme en el terreno de los especialistas de la psique humana cuando de lo que hablamos es de mentes enfermas, lo que sí puedo hacer es realzar algunos de los rasgos fundamentales de las técnicas wittgensteinianas de disolución de enigmas para mostrar que su ámbito de reflexión no coincide con el del psicoanálisis. Ello se debe a que el wittgensteinianismo está diseñado para curar no la mente sino el intelecto, es decir, es algo así como una terapia para el intelecto enfermo, empantanado, maniatado y embrutecido por enredos de pensamiento. El objetivo que el wittgensteiniano persigue es el de deshacer nudos conceptuales sin para ello construir nuevas y más alambicadas teorías. La condición para que tenga sentido la aplicación de las técnicas de investigación wittgensteiniana es haber quedado atrapado en algún sector de las redes del lenguaje. La liberación que el wittgensteinianismo aporta

consiste en una cierta tranquilidad intelectual que se alcanza sólo cuando el mito filosófico que nos aquejaba quedó exhibido como el resultado de confusiones generadas por aplicaciones en algún sentido ilegítimas de términos. Sólo entonces podemos desprendernos de él y tener paz intelectual. Si bien el análisis gramatical, la ‘terapia wittgensteiniana’ podría extenderse indefinidamente, de hecho es sólo cuando el enfermo intelectual, esto es, el filósofo convencional o el hablante normal en sus momentos filosóficos cae en la cuenta de que su tortura se debía a una serie de equivocaciones, de confusiones, de incomprensiones, de conexiones inválidas que puede afirmarse que el análisis gramatical cumplió su función y que el intelecto puede por fin descansar. Obviamente, el área de tratamiento para el anti-filósofo wittgensteiniano es el todo de la filosofía, puesto que mitos filosóficos los hay en todas las áreas. Por ejemplo, uno puede estar embrujado por el mito de las entidades lógicas, de los seres abstractos, como los números o las relaciones lógicas, o bien uno puede sentirse subyugado por mitos de carácter moral, como cuando se piensa que hay principios éticos de validez universal, haya seres humanos o no los haya o, peor aún, válidos inclusive para Dios. Hay también quien pudo haberse lanzado desde muchos años antes en pos del ser mayor que el cual ningún otro puede ser concebido sin haber caído en la cuenta de que su búsqueda estaba *a priori* destinada al fracaso, pues no se había dado cuenta de que estaba en las garras teísmo clásico. Hay quien cree todavía que las mentes son sustancias y que están de alguna misteriosa manera vinculadas con el cerebro. Y así indefinidamente. Lo importante, sin embargo, es que no hay nada en estas confusiones que tengan como fuente un desorden mental, conflictos de personalidad, de sexualidad descompuesta o deficiencias físicas como falta de litio, malfuncionamiento del sistema nervioso, deformaciones cerebrales o cosas por el estilo. La terapia wittgensteiniana nos ubica en el dominio del pensamiento puro. Es allí en donde se da la lucha entre el dragón popperiano de la filosofía tradicional y el San Jorge de la nueva clase de reflexión filosófica inaugurada por Wittgenstein.

Dados este contexto y este trasfondo, me parece que no podría hacerse otra cosa que darle la bienvenida, en primer lugar, a los dos textos que, orquestados por la Dra. Silvia Rivera, la Universidad de Lanús tuvo a bien publicar. Estas colecciones de ensayos recogen trabajos de los eventos académicos que denominamos ‘Wittgenstein en Español’, porque estamos convencidos de que el pensar wittgensteiniano no es propiedad ni de los filósofos alemanes ni de los anglosajones. Wittgenstein es el pensador del

lenguaje natural y por lo tanto nos lo podemos apropiar y aprovechar sin tener que pasar necesariamente por el prisma del inglés o del alemán (o, como ahora está empezando a ser el caso, del francés). Por mi parte, no tengo la menor duda de que se trata de esfuerzos editoriales que tendrán un efecto saludable y que en alguna medida contribuirán al reforzamiento de la incipiente cultura wittgensteiniana argentina y, dada la importancia cultural de este país para el resto de los países de América Latina, de lo útil que podrán ser en todos aquellos lugares del continente a donde se les haga llegar. El libro que el día de hoy se presenta es parte de un esfuerzo por iniciar y desarrollar una tradición de estudios wittgensteinianos en nuestro continente realizada directamente en español, no como producto de traducciones y de trabajos generados en otros idiomas y en centros filosóficos foráneos. En estos volúmenes encontramos textos originales, que son una expresión del nuevo interés y de la nueva esperanza filosófica que recorre nuestras facultades. Estamos, pues, de plácemes.

Gracias a la intermediación de la Dra. Glenda Satne, un alma filosófica hermana (o quizá debería más bien decir 'prima'), pude publicar aquí en Argentina, en la editorial Grama, una colección de ensayos míos intitulada 'Lecciones Wittgensteinianas'. Sobre el valor de su contenido no me corresponde a mí pronunciarme. Lo que sí puedo decir es que pude haber editado dichos ensayos en México, pero para mí tener un libro en Argentina era tanto un honor como un desafío. Contrariamente a lo que pudiera pensarse, se trata de un libro que requirió de muchos años para quedar conformado. Sin duda contiene errores, fallas, debilidades, puesto que su autor está plagado de ellos. Lo que, no obstante, sí puedo afirmar en su favor es que es un libro escrito con seriedad y hasta con pasión y que si los acuerdos y los desacuerdos que pueda suscitar coadyuvan a la gestación de nuevos análisis de la obra de Ludwig Wittgenstein, más atinados y más profundos, habrá cumplido con su misión. Muchas gracias.

